

¡A dormir! Que vienen los reyes...



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Carles Salas

A Martín no le gusta nada ir a dormir. Dice que cerrar los ojos es tan aburrido como esperar a que te lleven la pizza cuando vas a comer a un restaurante.

"Es una pérdida de tiempo". Martín no entiende por qué debe dejar de jugar cuando oscurece, y cuando se acuesta, lo que le gusta de verdad es imaginar carreras de marcianos, leer cuentos, contar las estrellas que cuelgan del techo o explicar aventuras a su dinosaurio de peluche. Pero dormir... ¿De qué diantre sirve dormir?

La madre de Martín siempre explica que dormir es muy importante; que uno debe descansar, coger energía y de que si esto y que si aquello. Pero Martín, por más vueltas que da, no le encuentra ninguna ventaja a esto de dormir.

Cada noche, cuando su madre desaparece por el pasillo, Martín abre una linterna que esconde bajo el edredón y se pone a jugar. A menudo se imagina que es un astronauta que viaja por el espacio, o que es un indio en plena cacería de búfalos, pero eso sí, al día siguiente está muy cansado. Por más que se esfuerza, el sueño siempre le acaba pillando y claro, cuando su padre lo llama para desayunar, el pobre no tiene ni aliento para bostezar.

Está siempre tan cansado, que hoy se ha puesto enfermo. La nariz se le ha llenado de mocos y no para de toser y estornudar. "Pobre Martín" comentan sus amigos. Precisamente hoy que es la noche de reyes.

A Martín le encanta la noche de reyes. Cada año va con sus amigos a la calle de abajo su casa para ver la cabalgata. Sus padres siempre llevan escaleras y él sube al escalón más alto, para poder ver si en alguno de los paquetes maravillosos que cuelgan de los camellos, está escrito su nombre.

Su amiga Zoe una vez vio uno, pero este año está tan resfriado, que la madre de Martín dice que no podrá salir. Martín está triste, pero no tiene ninguna intención de perderse la oportunidad de ver a los reyes magos. Así que ha decidido que esta noche les esperará despierto. ¡Total, tampoco piensa dormir!

Fuera el cielo se va oscureciendo y Martín está nervioso esperando llevar a cabo su plan. Está acurrucado en la cama cuando su madre entra a darle un beso y le vuelve a explicar todo aquello del sueño, que si esto, que si lo otro. Martín se hace un poco el loco y le dice a todo que sí. Pero lo que de verdad quiere, es que se apague la luz del pasillo, señal de que los padres ya se han dormido.

Por fin oscurece. Los minutos van pasando y Martín está cada vez más nervioso. Hoy ha decidido no jugar a hacer el indio ni el astronauta, porque no quiere hacer ruido. No quiere que sus majestades lo oigan y por eso permanece quieto entre las sábanas, cuando de repente siente un susurro.

“¿Qué ha sido eso?”, Se pregunta. Martín afina bien el oído y se da cuenta que son unas vocecillas que vienen del comedor. De pronto la barriga se le hace un nudo que se le sube a la garganta. De tanta emoción un moco le chorrea por la nariz y se lo seca con un pañuelo de la abuela que encuentra al lado de un zapato. ¡Ya están aquí!, piensa. Y con mucho cuidado baja de la cama, y de puntillas llega al comedor. Casi sin respirar se asoma por la puerta pero ... ¡si aquí no hay nadie!.

Martín se queda decepcionado cuando de repente se vuelven a oír las mismas voces que susurran detrás. "¿Qué demonios es esto?", vuelve a pensar. Y volviéndose para averiguar quién es el que habla, llega hasta la estantería donde están los libros de su madre, las carpetas de su padre, las manualidades que él hace en la escuela y ... el belén.

— Lo veis como tenía razón, por su culpa no vendrán. — se oye de pronto.

— ¿Quién ha dicho eso? —Pregunta Martín medio muerto de miedo.

— Quién quieres que lo diga. Yo — repitió la voz — Aquí, aquí abajo. ¿Qué no me ves?

Martín buscó por todas partes con la mirada hasta que por fin descubrió quién era el que hablaba. Era un niño muy pequeño muy pequeño que vestía un chaleco de lana, pantalones hasta las rodillas, alpargatas viejas y llevaba un saco colgando del brazo. ¡Era el pastorcillo de su pesebre! Y a su alrededor había San José, una campesina, el chico de las ocas, el arcángel Gabriel y la Virgen María con el niño Jesús en brazos.

— Por tu culpa, este año nos quedaremos todos sin ver a los reyes magos— volvió a protestar el pastorcillo.

— Mi niño se quedará sin el oro, el incienso y la mirra. — Añadió la virgen María con cara de enfadada.

— Y yo me quedaré sin una barretina nueva — dijo el chico de las ocas.

— A mí no me llevarán el capazo que les he pedido para recoger la fruta — se quejó la campesina.

— Y a mí me dejarán sin los dulces de oriente que cada año me lleva el rey negro. — Protestó el pequeño pastor — ¡Y todo por culpa tuya!

— ¿Mía? — Se defendió Martín que apenas se lo podía creer. ¿Qué culpa tengo yo que no vengan los reyes?



— Toda. Tienes toda la culpa. ¡No duermes!-Sentenció el pastorcillo subiéndose a una piedra que servía para sujetar el papel de plata que hacía de río.

— Pero ... — intentó replicar Martín que estaba tan alucinado que ni se daba cuenta que otro chorreo de mocos le caía mejilla abajo.

— ¡Pero nada! O te duermes enseguida o aquí nos quedaremos sin regalos, todos.

Y dicho esto, el pastorcillo miró a Martín tan amenazadoramente como os imagináis que puede mirar un muñeco de plástico parlanchín que no hace más de ocho centímetros.

— Es que ... a mí no me gusta dormir. — Intentó defenderse Martín con un hilo de voz.

— Lo veis como es tonto-dijo el pastorcillo a sus compañeros. — Cómo se entiende que a alguien no le guste dormir.

— ¡Porque es muy aburrido! Sentenció Martín que ya empezaba a estar un poco harto de su tono chulesco.

— Pues aburrido o no, si tú no duermes, no podrán venir los reyes. Y si no vienen los reyes se olvidarán de esta casa. Y si se olvidan de esta casa, tampoco vendrán el próximo año. Y si no vienen el próximo año ya nadie querrá celebrar la navidad. Y si nadie quiere celebrar la navidad, tampoco pondrán el belén. Y si no ponen el belén a nosotros no nos sacarán nunca de la caja del atillo. Y si ...

— Espera, espera-dijo Martín que se estaba alterando con tanta palabrería. — Está bien. Si es necesario que yo duerma para que vengan los reyes, lo haré.

Los rostros del pastorcillo y todos sus compañeros se iluminaron de golpe. Incluso el niño Jesús abrió los ojos para esbozar una sonrisa agradecido. La virgen María respiró aliviada y todos se relajaron.

—Entonces, ¿lo harás? —preguntó el pastorcillo—¿Podemos contar contigo?

—Sí. Tranquilos — contestó Martín. — Ya voy a dormir.

Martín se dirigió hacia su habitación. Por nada del mundo quería que los reyes se olvidaran de su casa. Así que si había que dormir para que vinieran, estaba dispuesto a hacer el esfuerzo.

Con mucho cuidado de no hacer ruido, se metió en la cama, se quedó muy quieto y cerró los ojos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis ... nada. Por más que se esforzaba el sueño no venía y Martín empezó a moverse nervioso. "A ver si así" ... y se ponía de lado. "Quizás boca abajo" ... y se daba media vuelta. "Probemos hacerlo con el brazo por aquí" ... Pero nada, no había manera de que pudiera dormirse.

— ¿Se puede saber qué te pasa? — se oyó de repente.

Martín se incorporó y vio al pastorcillo encaramado a los pies de su cama.

— Es que ... no sé dormir. — Tuvo que confesar Martín un poco avergonzado. E inmediatamente le vino un estornudo que no pudo controlar y el pobre pastor tuvo que agarrarse fuerte a la sábana si no quería salir volando. — Hace tanto tiempo que no duermo — añadió.

— Y así estás. — replicó el muchacho de las ovejas — No ves que siempre estás enfermo. Si casi no tienes energía y seguro que también te olvidas de las cosas.

¿Cómo lo sabes? — Preguntó Martín que siempre se olvidaba de hacer los deberes de clase.

— Yo sé muchas cosas. Pero lo que seguramente tú no sabes, es para qué sirve dormir.

— ¿Quieres decir que sirve de algo? — Dijo Martín mientras buscaba el pañuelo de la abuela para volver a sonarse.

— Por supuesto. Venga, métete en la cama que te lo explico — dijo el pastorcillo saltando por encima de los pliegues del edredón.

Martín obedeció. Se estiró y vio como el pequeño pastor trepaba por las puntas de la almohada hasta sentarse junto a su cabeza.

— Cuando duermes, tu cuerpo sigue trabajando. ¡Y duro! Durante el día se ocupará de caminar, correr, comer, aprender, y un montón de cosas más. Pero por la noche, cuando por fin no le haces hacer nada, él puede ocuparse de todas las cosas que necesita hacer por dentro. Todavía le queda mucho trabajo tu cuerpo, no creas, como por ejemplo estirar los huesos para que crezcas. Vigilar que todos los soldados que defienden tu organismo estén fuertes para poder luchar si se acerca un virus. Ordenar todos los recuerdos del día en las cajitas de la memoria, para que no olvides las cosas. Repartir la comida que ya has digerido, para llevarla desde la punta del pelo hasta los dedos de los pies, cargarte de energía para el día siguiente y yo que sé cuántas cosas más. ¿Te parece poco, todo lo que haces cuando vas a dormir?

Pero en la habitación de Martín no se oyó nada.

— ¡Eh, que te pregunto si te parece poco! — Insistió el pastor.

— Perdona-Respondió Martín con un hilo de voz. — es que me parece que me he dormido.

Y dicho esto volvió a cerrar los ojos y siguió haciendo aquel ruidito que uno hace cuando respira con la nariz llena de mocos.

— ¿Está roncando? — Pensó el pastor. Pero sin decir nada más, se dejó caer por la almohada y haciendo un salto hasta el cable de la luz que había pegado a la pared, llegó al suelo. De allí salió corriendo hasta su pesebre donde ya le esperaban impacientes sus tres ovejas.

— ¿Lo has conseguido? — Preguntó nervioso San José.



— Sí. Es un buen chico. — añadió el pastorcillo con un gesto que delataba que le había gustado conocerlo. Pero ahora no podían entretenerse — Deprisa, todos a sus puestos, a ver si todavía estamos a tiempo.

Enseguida todas las figuras del belén corrieron hacia sus posiciones, y se quedaron tan quietas que parecía que allí no hubiera pasado nada.

Mientras tanto, en la habitación de Martín, el chico continuaba durmiendo. Seguramente soñaba con todas las cosas maravillosas que en ese mismo momento estaba haciendo su cuerpo.

Quién sabe si cuando se levantara sería incluso un poco más alto, o si ya no tendría tantos mocos. El caso es que aquella había sido una noche muy especial. Ojalá su cuerpo guardara el recuerdo del pastorcillo en uno de los cajones de la memoria. No lo quería perder por nada del mundo. También él estaba contento de haber hecho un amigo.

Pero shhh, ya no os puedo contar nada más. ¿Lo habéis oído? ¿No os parece que es el bramido de un camello lo que se oye?

Fin



*El portal de la salud
para las familias*



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (www.faroshjd.net) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA